

¡Vaya sentido de la oportunidad!: convertida la Guelaguetza en *Guerraguetza*, el gobierno federal hace como si el conflicto oaxaqueño no fuera también suyo.



Una de plata y tres de bronce, la cosecha sabatina de México en Río

□ Se le niega el oro a Belem Guerrero en la prueba de ruta de los Panamericanos □ Terceros lugares en natación, tiro y voleibol de playa

■ Deportes

Maestros se quejan de hostigamiento por su rechazo a la Ley del ISSSTE

LAURA POY ■ 9

Ejecutan talibanes a dos alemanes y 5 afganos por la ocupación militar

□ Los rebeldes amenazan con asesinar a 23 sudcoreanos cautivos que realizaban tareas de evangelización

■ 29

opinión

El carisma de Putin

IMMANUEL WALLERSTEIN 24

columnas

NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL 6

DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA 8

BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME 18

A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER 20

opinión

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI 8

ENRIQUE DUSSEL 20

GUILLERMO ALMEYRA 24

ARNALDO CÓRDOVA 25

ANTONIO GERSHENSON 25

JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO 27

BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS 32

ANGELES GONZÁLEZ GAMIO 38

SEGUNDO DIA: MILES DE INFRACTORES



Ayer, hasta las tres de la tarde, mil 278 automovilistas habían sido sancionados en el Distrito Federal por violar el nuevo Reglamento de Tránsito Metropolitano, que se sumaron a los más de 2 mil 500 que fueron castigados el viernes. Estacionarse en doble fila, no usar el cinturón de seguridad y hablar por teléfono celular mientras se conduce fueron las principales faltas. Por otro lado, la SSP-DF abrió una investigación sobre la supuesta "cuota" que mandos policíacos medios exigieron a sus subordinados, en detrimento de los atribulados y confundidos capitalinos ■ Carlos Ramos Mamahua

AGUSTIN SALGADO

■ 36

EJE CENTRAL El hechizado

CRISTINA PACHECO

Las calles formaban un desordenado tejido que se extendía desde las lomas hasta las barrancas convertidas en basurero. Todas las casas tenían fachadas de cemento. Vista desde cualquier ángulo, la colonia era un laberinto gris que justificaba su nombre: La Mancha.

En medio de la única avenida asfaltada sobresalía una casa inmensa con las paredes rojas. El color resultaba menos llamativo que su diseño: por el frente sólo tenía una puerta estrecha y en los dos pisos cuatro ventanas altas que eran apenas respiraderos.

La casa que llegamos a ocupar estaba en la calle Doce, paralela a la avenida. Desde allí podíamos ver la parte trasera de la casa roja. Nos sorprendió la abundancia de ventanas. Protegidas por una densa herrería en forma de hojas y flores, daban a un prado hirsuto con un árbol de capulín en el centro. Por el hecho de que las frutas cayeran sin que nadie las levantara, mi madre sacó una conclusión: "Se ve que allí no hay niños. De otro modo saldrían a recoger los capulines para comerse los". Adiviné mis pensamientos: "Ni se te vaya a ocurrir me-

terte en ese lugar". En ese momento mi padre reparó en otro detalle extraño: el terreno no estaba bardeado. Lo protegía sólo una malla metálica como de dos metros de altura: "Cualquier ladroncillo podría saltársela o hacer un agujero para meterse a robar".

Luego él también me ordenó mantenerme lejos de aquella casa. Las advertencias acrecentaron mi curiosidad y mi apetito por los capulines, que al desprenderse de la rama formaban en derredor del tronco una sombra oscura: otra más en medio de La Mancha.

II

En la colonia los vecinos les habían puesto nombres a los cerros. Mi escuela quedaba en el de San Pascual. El primer día que asistí a clases pasé frente a la casa roja en el momento en que sus dueños colocaban bultos de ropa en una camioneta destartalada. Por esa coincidencia me enteré de sus nombres: Herminio y Leonor.

Respondieron a mi saludo sin mirarme, como para evitar cualquier intento

de conversación. Al volver de la escuela me detuve en la única papelería del rumbo: La Goma. Estaba en la acera de enfrente y casi a la misma altura de la casa roja. Aproveché para verla. La dueña del negocio me dijo entre dientes y sin levantar la cabeza: "Nunca mires hacia allá". Siguió contando los mapas que le había pedido, y cuando le pagué me reiteró el consejo en un tono aún más misterioso: "Acuérdate de lo que te dije".

La semana se nos pasó muy rápido, pero el primer domingo en la colonia fue muy triste. Amaneció lloviendo y las fachadas grises se oscurecieron. En cuanto pasara la lluvia iríamos a la iglesia y a conocer el rumbo. Teníamos la esperanza de encontrar un parque, algo que fuera un oasis en el desierto que es La Mancha.

Mientras podíamos salir, ayudé a mi madre a lavar los platos del desayuno. Desde la ventana de nuestra cocina vimos en el jardín de la casa roja tendedores repletos. A la distancia y bajo la lluvia las prendas semejaban cuerpos de ahorcados meciéndose en el vacío.